

CHAVES NOGALES: MAPA DE UNA CIUDAD

POR EVA DÍAZ PÉREZ

En un hospital del Londres de la Segunda Guerra Mundial se oyen los bombardeos de un tiempo de guerra. Un hombre agoniza. La fiebre hace que todo se confunda en su último sueño. Aún es joven, pero se han cruzado varias malas cartas en su destino: la enfermedad, una operación fallida, las horas de la guerra. Los nazis siguen bombardeando la ciudad. No hay tregua. Las sombras cubren la ciudad y los sueños. Estamos a 8 de mayo de 1944, aún queda para que se acabe la pesadilla de esta Europa en la más atroz de sus guerras.

El hombre que sueña —o que recuerda en su vigilia de moribundo— es Manuel Chaves Nogales, el escritor y periodista español que terminaría sus días en este hospital del Londres bombardeado por los nazis. Nacido en Sevilla en 1897, fue en su época una de las figuras que representó el periodismo moderno, un sagaz narrador que radiografió la trágica época que le tocó vivir. Durante la Guerra Civil tuvo que marcharse al exilio en París y luego en Londres y simbolizó la Tercera España que no pudo ser. La dictadura franquista intentó borrar su obra hasta que hace unas décadas ha comenzado a rescatarse su historia tras décadas de olvido. Su trágica historia, tantas veces repetida con otros grandes personajes españoles, ha tenido un final feliz, un ejercicio de justicia poética. Chaves Nogales pareció durante un

tiempo el hombre que nunca existió, pero ahora contamos con su obra al alcance de todos en modernas ediciones.

Ese rescate se debe principalmente a algunas personas que me gustaría citar hoy aquí, porque también es de justicia: la profesora Maribel Cintas, que dedica los primeros estudios a Chaves Nogales y que se ha encargado con paciencia, trabajo y mucha dedicación a recuperar toda su obra; el profesor Rogelio Reyes Cano, miembro de esta academia y la persona clave que sugiere a Maribel Cintas que dedique su tesis a este entonces desconocido periodista sevillano; y el poeta, librero y editor Abelardo Linares, que contaba con algunas de las obras perdidas de Chaves Nogales y que edita los primeros títulos del periodista.

Tampoco quisiera olvidar a la institución que recupera a este personaje perdido en la desidia del tiempo: la Diputación de Sevilla con la edición en su mítica colección de Clásicos Sevillanos. Luego han sido muchos otros los que han contribuido a este rescate posibilitando que Chaves Nogales habite por fin entre nosotros con toda naturalidad, sin ocultaciones, silencios ni escamoteos.

Pero adentrémonos ya en la novelesca historia de este gran personaje. El sevillano Manuel Chaves Nogales se convirtió en una figura importante en su época: contó los avances de su tiempo, los cambios sociales y políticos de la dictadura de Primo de Rivera y los episodios más destacados de la Segunda República, relató la convulsa España de la Guerra Civil, entrevistó a los principales protagonistas de la Europa de entreguerras desde Churchill a Goebbels, fue testigo del ascenso nazi y del establecimiento del régimen soviético en Rusia y analizó el error y la derrota de la Francia ocupada por los nazis. En su destierro en Londres fue notario de la Segunda Guerra Mundial dirigiendo *The Atlantic Pacific Press Agency* y escribiendo en el *Evening Standar* y en los servicios extranjeros de la BBC.

Además de una dilatada trayectoria periodística fue autor de ensayos como *La agonía de Francia*, el libro de viajes *Europa en avión*, la novela *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, la biografía novelada *Juan Belmonte, matador de toros* o cuentos como los reunidos en la obra *A sangre y fuego*, escrita en plena Guerra Civil española y, sin embargo, una de las aproximaciones

más alejadas del maniqueísmo que caracterizó a la literatura inmediata al conflicto.

Esta historia de epopeya comienza en Sevilla. Manuel Chaves Nogales, hijo y sobrino de periodistas, comenzó muy joven a trabajar en la redacción del diario sevillano *El Liberal*. Sus primeros años se desarrollan en la Sevilla de finales del XIX y comienzos del siglo XX, una ciudad que permanece anquilosada en el pasado pero que conseguirá entrar en la modernidad con acontecimientos como la Exposición Iberoamericana de 1929, de la que Chaves Nogales fue testigo y narrador en una clave muy crítica.

Chaves Nogales se convierte en un audaz cronista de la Sevilla de su tiempo. Esa ciudad es una ciudad en transformación entre la tradición del pasado y la modernidad. El periodista sabe ver esa tensión por medio de sus narraciones publicadas en los periódicos y en sus libros. Podemos pasear a la perfección por esa Sevilla simplemente leyendo sus textos, porque Chaves Nogales nos devuelve un excepcional trabajo documental, una especie de foto-fija de su tiempo. Gracias al periodista nos asomamos a esa ciudad con todos sus paisajes humanos, acertando a intuir cómo fue la tensión entre tradición y modernidad, entre las clases populares y las dirigentes gracias a un valiente retrato de la cuestión social. De alguna forma podríamos decir que Chaves Nogales se convierte en un contemporáneo pintor de vistas de ciudades, como el viajero Hoefnagel hizo con la Sevilla del siglo XVI.

En estos años escribió certeros ensayos como *La ciudad* o sus *Narraciones Maravillosas*, además de destacar como un gran reportero que introduce la modernidad en el anquilosado periodismo de la época. En 1924 llega a Madrid y comienza a trabajar en *El Heraldo*, *La Noche*, *Estampa* o *Ahora*, donde es nombrado director. En estos años recorre todo el país narrando la España de la dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República y el estallido de la Guerra Civil.

Chaves Nogales no se limitó a radiografiar con mirada certera España. También tuvo un relevante papel como analista de lo que ocurrió en la trágica Europa de su tiempo. El periodista sevillano fue uno de los grandes narradores de la guerra. Con una postura distante, alejada, pero comprometida y lúcida retrató la

sinrazón del conflicto. Él, que no era ni fascista ni revolucionario, confesaba que, si no hubiera huido al exilio, probablemente habría sido fusilado por uno u otro bando.

Esta vida de trágica novela comienza un 7 de agosto de 1897 en el número 11 de la calle Dueñas, “calle triste y silenciosa”, como él mismo la denominó en su ensayo *La ciudad*. De la misma forma que ocurrió con Antonio Machado en el cercano Palacio de Dueñas y con Luis Cernuda en la calle Acetres podemos identificar un espacio que entronca con una clara tradición literaria sevillana: el patio. Podemos reconocer la fuente, el limonero, el agua serena, la tarde clara bajo un azul de convento de la Sevilla vieja de Antonio Machado encerrada en el simbolismo de los patios. E igualmente en el patio que Luis Cernuda poetiza en *Ocnos* con la escalera de mármol, la vela echada para conseguir una fresca penumbra y las hojas de latánias, adelfas y azaleas.

En Chaves Nogales descubrimos una nueva vuelta de tuerca a la teoría del patio sevillano cargado de melancolía como símbolo del alma de la ciudad: “Nuestros patios son tristes. ... El mármol, el agua, la palmera –sus tres fundamentos– tienen un mismo valor estético. La tristeza, la muerte. Ortega y Gasset nos decía que esta tristeza de los patios sevillanos asemejábase a la tristeza de las casas en que se ha muerto un niño, cuando todavía acuden las vecinas a ver la carita de cera del cuerpecillo amortajado”¹.

Ese patio, como sucedió con Antonio Machado y con Luis Cernuda, quedará congelado en su memoria toda su vida. El padre de Chaves Nogales fue el escritor, periodista y erudito Manuel Chaves Rey, una figura reconocida en los ambientes culturales sevillanos por los libros que dedicó a la historia de su ciudad como *Páginas sevillanas* o *Ambientes de antaño*. Su madre era Pilar Nogales, una mujer culta, concertista de piano y que pertenecía a una familia también dedicada al periodismo como ocurría con su hermano el célebre José Nogales.

1. CHAVES NOGALES, Manuel, “La ciudad”, *Obra Completa*, ed. Ignacio F. Garmendia, vol. I (1915-1929), Libros del Asteroide y Diputación de Sevilla, Barcelona, 2020, p. 121.

Podríamos decir que Chaves Nogales es un producto de la ciudad en la que nace, pero no uno de esos personajes oficiales que responden al costumbrismo y el tópico con el que tantas veces se asocia a Sevilla. Al contrario, simboliza una de esas figuras dotadas para la singularidad, la lucidez y cierta heterodoxia que aparecen de vez en cuando en cada siglo. Esa estirpe en la que podríamos reconocer a los hijos más ilustres desde Fernando de Herrera a Blanco White pasando por Bécquer, Antonio Machado o Cernuda. Sevilla, ciudad de glorioso pasado histórico y belleza de postal pero también llena de dualidades y contradicciones, ha sido el caldo de cultivo para criar almas a contracorriente. Chaves Nogales es uno de ellos. Sevilla marca sus primeras reflexiones primero desbordado por la ciudad de hermosos perfiles. Así nos describe el mapa de la ciudad: “De bruces sobre los pretiles de sus azoteas hemos desmenuzado muchas veces nuestro amor hacia las casas, las calles y las gentes, mientras las cumbres remotas se tragaban el sol congestionado de nuestros crepúsculos”².

Y más tarde la marca indeleble del pensador crítico y audaz que descubre lo que otros no ven. Por ejemplo, en este fragmento de *La ciudad* donde narra cómo cambia el paisaje urbano dejando perplejo y desconcertado a quien lo contempla: “Cada esquina que doblemos es una nueva ciudad... Por eso se ha llamado a Sevilla la ciudad misteriosa e indefinible; por eso los espíritus selectos se elevaron hacia la exaltación y las almas torpes cayeron en el panderetismo”³.

Una muestra de su visión mordaz, acerada y crítica es la descripción que le dedica a un lugar que se encontraba junto a la casa donde nació: el Palacio de Dueñas. Analiza esa casa histórica, cuna de una nobleza de rancio abolengo, proyectando una mirada sarcástica que en realidad sirve para radiografiar la versión más falsa de cierta Sevilla. Lo sorprendente es que el texto, que escribe en 1921, parece escrito ahora mismo ya que se asemeja a escenas que todos reconocemos de la historia reciente del Palacio de Dueñas.

2. *Ibid.*, p. 109.

3. *Ibid.*, p. 113.

Es un palacio para ver bailar al maestro Otero y dar buñoladas aristocráticas, que ni son aristocráticas ni siquiera sevillanas, porque las anima ese plebeyismo madrileñista, chulapón y villano, de los decantados chisperos y las majas marquesas... El palacio de las Dueñas no será en mucho tiempo sino un palacio jacarero, residencia del sevillanismo de pandereta, tablado de bailadores y sede espiritual del señoritismo, que bebe manzanilla a pasto y acosa becerros en las dehesas⁴.

En estos primeros pasos del Chaves Nogales repórter tendríamos que hacer parada en dos lugares relacionados con la historia de la prensa en Sevilla: la calle García de Vinuesa y la calle Alfonso XII.

En el número 30 de la calle García de Vinuesa se encontraba la redacción del periódico *El Liberal de Sevilla*, donde aprende las claves del oficio y determina la que será siempre su visión del periodismo: “andar y contar”. Chaves Nogales, con su bloc de notas anotando lo que ve en sus recorridos por el mundo, será la imagen que representa qué tipo de periodista fue. Frente al periodista de mesa siempre en la redacción que había marcado la vida en los periódicos en el siglo XIX, Chaves Nogales se convierte en el “periodista de patas”, del que hablaba Pío Baroja. El autor sevillano es un excepcional ejemplo de ese nuevo periodismo que caracterizaría la llamada Edad de Oro del oficio.

La calle García de Vinuesa se llamó en tiempos de la Sevilla del Siglo de Oro como calle de la Mar, porque conectaba con el bullicioso Arenal, la zona del puerto y la puerta de las Indias. Y, sin duda, allí se colaba el olor a mar, el característico soplo de marea que llegaba desde Sanlúcar en el atardecer. La vida periodística de Chaves Nogales arranca en esta calle de la Mar y terminará simbólicamente en otra calle histórica a muchos kilómetros: en Fleet Street, la mítica calle de la prensa en Londres, que acogía las redacciones de los medios más importantes de Inglaterra y, por lo tanto, del mundo.

4. *Ibid.*, p. 119.

La otra calle de crianza periodística de Chaves Nogales fue el número 24 de Alfonso XII, donde se encontraba la redacción de *El Noticiero sevillano*. En esas páginas arranca el periodista que además de contar su época daba fondo histórico a sus crónicas. La influencia de su padre, gran conocedor del pasado de la ciudad, conformó la personalidad periodística de Chaves Nogales, ya que colaboró con él en el trabajo de los archivos.

Al ser un periodista de “andar y contar” la Sevilla que nos devuelve en sus textos es una ciudad en movimiento y en transformación, una ciudad cambiante que intenta incorporarse a la modernidad del siglo XX pero sobre la que aún pesa demasiado el lastre del pasado.

En sus crónicas y libros descubrimos la importancia que el recuerdo de la Historia tiene a la hora de contar su presente. Así describe el popular y antiquísimo mercado de El Jueves, un zoco que se remontaba a época almohade y que incluso menciona Cervantes. Este mercadillo aún tiene lugar todos los jueves en la calle Feria:

Una vez a la semana, los jueves, se fragua en medio de la calle un pintoresco mercadillo, un auténtico zoco marroquí, al que acuden los baratilleros de toda Sevilla, los ropavejeros, traperos y botelleros, los que compran y venden papel, libros, loza y hierros viejos; vienen también los piñoneros serranos y los hortelanos de la vega con sus nísperos y sus alcauciles. En el Jueves, se venden además garbanzos tostados, pipas de girasol, avellanas verdes, palmitos, cigarrillos de cacao y unos peces y unos gallos de caramelo rojo maravillosos⁵.

Esa calle Feria es otra de las calles más queridas y paseadas por el periodista y fue también la calle en la que nació el torero Juan Belmonte, protagonista de unos de los más célebres libros de Chaves Nogales: *Juan Belmonte, matador de toros*. Esta biografía novelada, auténtico retrato moral de un héroe del pueblo, es una obra escrita ya en Madrid, adonde el periodista

5. CHAVES NOGALES, M., “Juan Belmonte, matador de toros; su vida y sus hazañas”. *Obra Completa*, vol. IV (1935-1938), p. 22.

se marcha en 1924. Se trata de un folletín-reportaje publicado por entregas en *Estampa* entre el 29 de junio y el 14 de diciembre de 1935. Ante el éxito cosechado entre los lectores, el reportaje seriado terminaría convertido en libro. Un libro que será la obra más popular del escritor antes del revelador rescate de *A sangre y fuego*.

Chaves Nogales se recreó en esa calle Ancha de la Feria en cuya casa número 72 había nacido el torero. La obra sobre Juan Belmonte nos recuerda en ocasiones al Lazarillo de Tormes pues la vida del torero es como una novela picaresca. La historia también tiene mucho de novela de crecimiento, de *Bildungsroman* en la que se relata la formación de un héroe literario.

Nacer en la calle Ancha de la Feria y encararse con la humanidad que hierve en ella apenas se ha cansado uno de andar a gatas y se ha levantado de manos para afrontar la vida a pecho descubierto, es una empresa heroica, que imprime carácter y tiene una importancia extraordinaria para el resto de su vida, porque súbitamente la calle ha dado al neófito una síntesis perfecta del Universo... Los niños que nacen en estas calles se equivocan poco, adquieren pronto un concepto bastante exacto del mundo, valoran bien las cosas, son cautos y audaces. No fracasarán.

Otra marca de la casa, del sello propio de Chaves Nogales es su capacidad para radiografiar la ciudad, los espacios cambiantes, las contradicciones, la dualidad de una Sevilla en la que se estaba produciendo una auténtica transformación.

Estas calles privilegiadas son el ambiente propicio para la formación de la personalidad, el clima adecuado para la producción del hombre, tal como el hombre debe ser. Son esas calles que milagrosamente llevan varios siglos de vida intensa, sin que el volumen de su pasado las haya envejecido; son viejas y lo parecen; sin que se les haya olvidado nada, viven una vida actual febril y auténtica, vibrando con la inquietud de todas las horas; en cada generación se renuevan de manera insensible y naturalísima: a

las tapias del convento suceden los paredones de la fábrica, el talabartero deja su hueco al stockista de Ford o Citroën, en el corralón de las viejas posadas ponen cinematógrafos y por la calzada donde antes saltaban las carretelas zigzaguean los taxímetros. Esta evolución constante les da una apariencia caótica por el choque perenne de los anacronismos y los contrasentidos. Ya ha surgido el gran edificio de las pañerías inglesas, y aun hay al lado un ropavejero; todavía no se ha ido el memorialista y ya está allí empujándole a morirse la cabina de teléfono público; junto a la Hermandad del Santísimo Cristo de las Llagas está el local del sindicato marxista... Todo está allí vivo, palpitante, naciendo y muriendo simultáneamente. Y así, en Sevilla como en París y en Nápoles y en Moscú.

Muy cerca de la calle Feria se encuentra la Alameda, el paseo arbolado creado por el asistente conde de Barajas en el siglo XVI. Hasta el siglo XVIII fue el lugar de recreo de la aristocracia, pero en el siglo XIX deja su papel predominante por otros espacios verdes como el Paseo de las Delicias. La Alameda se convierte entonces en zona preferida de las clases más populares. Sin embargo, aún en el siglo XIX se construyeron suntuosos caserones. Es el caso del palacete llamado El Recreo, inspirado en la arquitectura francesa, y que aún se levanta en la Alameda.

Chaves Nogales recuerda las hazañas infantiles de Belmonte en ese lugar convertido en zona de juegos:

Al final de la Alameda se alzaba un palacete llamado El Recreo, a cuya entrada había una rampa para salvar el desnivel del suelo, sostenida por un muro que remataban artísticamente dos esfinges de bronce, a las que no se sabe por qué los sevillanos llamaban sirenas. Lo que más divertía a los niños de la Alameda era encaramarse al paredón y avanzar por su borde, guardando el equilibrio hasta llegar a las sirenas que quedaban a considerable altura⁶.

6. *Ibid.*, p. 26.

Como en todas las historias relatadas por Chaves Nogales la anécdota siempre trasciende proyectando así un ejemplo de vida, un símbolo. Es lo que le ocurrió a Belmonte con ese recuerdo infantil.

La hombrada consistía en llegar hasta la sirena, montarse en su grupa y abrazarla por detrás, llegándole con las manecitas al pecho duro y frío. Una tarde, por alcanzar con mis brazos cortos el pecho de bronce de la sirena, me caí y me abrí la cabeza. Me llevaron sangrando a la Casa de Socorro de la plaza de San Lorenzo... Fue la primera sensación de desgarramiento, de dolor de la carne, de gasas y vendas que tuve en mi vida. No me desagradó demasiado. Todavía recuerdo con una rara complacencia aquella cura dolorosa.

Otra calle cercana, la de Trajano, es evocada por el periodista en uno de sus relatos más conocidos: *La gesta de los caballistas*, incluido en el libro que dedicó a la Guerra Civil, *A sangre y fuego*.

La cárcel que los fascistas de Sevilla habían improvisado en un viejo music-hall popular, el pintoresco Salón Variedades de la calle Trajano, no se parecía en nada a una cárcel. La campaña de represión que las tropas, los requetés y la Falange hacían por los pueblos de la provincia volcaba diariamente sobre la capital una enorme masa de detenidos que tenían que ser alojados en los lugares más inverosímiles, y los grandes salones de baile del Variedades, poblados por una humanidad abigarrada de campesinos, obreros, señoritos rojos —que también los había—, viejos caciques de los pueblos que para su mal habían jugado a última hora la carta del Frente Popular, profesores azañistas, intrigantes, agitadores y periodistas republicanos, ofrecían un aspecto desconcertante y caótico⁷.

7. CHAVES NOGALES, M., “A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España”. *Obra Completa*, vol. IV (1935-1938), p. 357.

La descripción del paisaje humano entre lo jocoso y lo macabro no tiene desperdicio:

Durante el día, la cárcel del Variedades era el lugar más pintoresco del mundo. El buen aire, la composición y el gracejo de los andaluces excluían toda sensación de tragedia. Una verdadera nube de vendedores ambulantes de chucherías acudía a las puertas de la prisión; los camaroneros con la cesta al brazo voceaban su mercancía por las galerías; en un rincón canturreaba fandangos un limpiabotas comunista;... un empleadillo afeminado y chismoso ridiculizaba a los jefes fascistas de Sevilla relatando episodios escabrosos de sus vidas con tal agudeza y mala intención que sólo por ellas estaba en la cárcel.

Chaves Nogales culmina dejando al lector con la sonrisa congelada resaltando el contraste entre un lugar marcado por la diversión en los tiempos felices que se convierte en escenario de pesadilla en los días de la guerra. Es una de las escenas que desvelan en una clave documental pero con aire literario lo que significó el miedo y la terrible represión que sufrió Sevilla por parte de las autoridades franquistas. Las tropas de Queipo de Llano ganaron la ciudad en apenas unos días por lo que se erige en capital de la retaguardia en el Sur.

Al anochecer, todas aquellas sugerencias pintorescas se borraban como por ensalmo, y aquellas gentes que durante las horas de sol se mostraban frívolas e indiferentes a su destino se replegaban sobre sí mismas y, acurrucadas junto a los petates, contaban angustiosamente las horas que faltaban para que amaneciese. El conticinio era el quiebro trágico de la jornada.

En esta Sevilla de Chaves Nogales nos encontramos con un curioso álbum de estampas de la ciudad que estrenaba el siglo XX. Una galería urbana en la que el periodista describe su presente, pero que nunca olvida desvelar la relevante huella del pasado, algo fundamental para entender Sevilla. Chaves se adentra en la memoria popular que muestra la permanencia de escenas

congeladas en los siglos, como la presencia de una comunidad de sefarditas en la calle Lumbreras con sus “casitas siempre silenciosas”, que vendían dátiles y babuchas, además de una popular pomada sefardita contra las quemaduras.

En las Lumbreras viven los hebreos... La pomada sefardita, hermana del pucherito cristiano ..., es genuinamente sevillana, y gracias a ella, subsisten aún en nuestra ciudad esos hebreos hidrópicos, de larga y venerable barba bipartita, eternamente inmóviles, que son lo único arquitectural que, en lo humano, posee esta ciudad⁸.

El periodista fue muy sensible al tema judío como demostró en las crónicas que realizó durante su viaje a Alemania donde de manera muy temprana advierte del antisemitismo que comenzaba a implantarse en Europa. Precisamente, la famosa entrevista que realizó al ministro de Propaganda nazi, Joseph Goebbels, realizada con toda la carga crítica del cronista, fue la causa de que la Gestapo persiguiera a Chaves Nogales durante su exilio en Francia y la razón de que tuviera que huir finalmente a Inglaterra.

Pero continuamos por los mapas sevillanos de Chaves Nogales. En una ciudad levítica y de gran peso religioso, Chaves Nogales fue uno de sus mejores desveladores. Pocos como él han sabido contar el fenómeno religioso y popular que ha marcado la historia de la ciudad. El periodista lo hizo además no desde la habitual visión apologética y chauvinista sino con una mirada crítica y desmitificadora.

Por esa razón, dedicó algunos de sus más celebrados textos a la Semana Santa de su ciudad. En la primavera de 1922 escribió en *Heraldo de Madrid* el artículo “La Semana Santa en Sevilla” donde resalta una de las contradicciones de la fiesta: que la gran riqueza de joyas que muestran las Vírgenes nace sobre todo del trabajo obrero de los tejares de Triana, de las forjas de San Vicente y los telares del Salvador, de los cambalacheros y las obreritas que trabajaban el corcho, la aceituna y la hojalata en la collación de San Gil.

8. CHAVES NOGALES, M., “La ciudad”. *Obra Completa*, vol. I, p. 130.

Diez años después vuelve a dedicar textos a la Semana Santa. La atmósfera es muy diferente a la de la fiesta que había conocido. En 1932 describe el ambiente convulso provocado por la quema de iglesias y conventos tras la proclamación de la República, así como el boicot de las hermandades a la Semana Santa en ese año después de que el nuevo Estado laico no diera subvenciones a las hermandades y éstas se negaran a salir en procesión.

Pero el reportaje más importante que Chaves Nogales dedicó a la Semana Santa es el que aparece publicado en distintas entregas en *Ahora* a partir del 31 de marzo de 1935. El cronista despliega toda su experiencia como sevillano para descubrir qué significa el complejo mundo de la Semana Santa, una fiesta singular que durante la Segunda República mostró su versión más desconcertante.

Por ejemplo, situémonos en la iglesia de San Antonio Abad, en la calle Alfonso XII, donde reside una de las hermandades más antiguas de la Semana Santa, la del Silencio. Chaves Nogales, consciente del momento histórico que vive, plantea una cuestión aparentemente anecdótica. La Virgen de la Concepción suele salir en su paso con una decoración floral de azahares. Sin embargo, en 1935 la Semana Santa llegó temprana por lo que la floración aún no se había producido. Luis Ibarra, un acaudalado hermano de la cofradía, tenía la solución: en su finca de Castilleja contaba con una punta de naranjos consagrada a su hermandad. “Luis Ibarra, como es un señorito y tiene dinero, hizo venir a unos técnicos holandeses que enseñaron a sulfatar los naranjos y a avivarles para que diesen pronto su flor. El dinero, la ciencia, el trabajo, todo se pone a contribución para que un día señalado huelga a azahar en las calles de Sevilla”⁹.

Parece cosa de magia, de encantamiento, casi de milagro, pero era fruto de un esfuerzo económico. En 1935, en plena Segunda República, el gobierno intentaba solucionar uno de los problemas endémicos de España y, en particular, de Andalucía, la Reforma Agraria: rentabilizar las largas extensiones de latifundios

9. CHAVES NOGALES, M., “Historias de la República. Semana Santa en Sevilla”, *Ahora*, 3 de abril de 1935. *Obra Completa*, vol. III (1931-1936), p. 240-241.

sin cosechar propiedad de los terratenientes y permitir a las masas de campesinos poder vivir de la tierra. Por eso, esta situación producida en la hermandad del Silencio parecía singular, exótica, curiosa y diríamos que casi obscena. Así lo describe Chaves Nogales desde la elegancia de su prosa:

Yo no sé cómo podrá conseguirse que la Semana Santa de Sevilla huela a azahar cuando el celo y el orgullo de un señorito cofrade no sean capaces de avivar la florecencia de los naranjos y de sacrificar una rica cosecha. Es posible que la República dé al fin con una ley agraria cuyo complicado casuismo permita esta antieconómica inversión de la tierra y de sus frutos.

No hay duda de que la Sevilla popular gozó de la predilección de Chaves Nogales en sus crónicas sevillanas. Veamos ahora cómo narra el ambiente de uno de los centros populosos y costumbristas de la ciudad. Se trata del Mercado de la Encarnación en la plaza del mismo nombre. La galería popular parece preparada para que la describa la pluma de Chaves Nogales:

El mercado de la Encarnación ofrece un curioso espectáculo. Millares de mujeres discuten y manejan con los vendedores, atienden éstos inalterables a las demandas, las protestas, las exigencias y las lamentaciones de las compradoras, siempre insatisfechas... Entre la policromía y polifonía que nos aturde en los puestos de carne, fruta, hortalizas, patatas y pescado, tropezamos con la tristeza de esos puestecitos pobres, en los que se venden cucharas de palo, especias, jabón, sal, alhucema y otras varias cosas inverosímiles y monocromas... La Cuartelada del café es, acaso, la más interesante del mercado. Pudiéramos llamarla el mentidero de las mujeres; ante los puestecitos primorosos toman una taza de café y una copa de alcohol, mientras recuentan sus monedas y sus necesidades al emprender la lucha con los vendedores¹⁰.

10. *Ibid.*, vol. I, p. 215.

El periodista de andar y contar sigue guiándonos por la Sevilla popular y obrera, por las calles de la parroquia de San Román, Enladrillada, Sol, Morera, Santa Lucía, Valle, Butrón... Aquí describe ese caserío que entraba como ejemplo terrible en los mapas higienistas de la época: las enfermedades, la insalubridad, los pozos negros que provocaban epidemias, el hambre. Esas casas humildes de los obreros habían surgido con la modernidad industrial en las antiguas collaciones, pero eran infraviviendas comparadas con los tradicionales corrales de vecinos que se crearon en los viejos palacios abandonados.

Calles tremendamente viejas, con una dolorosa vejez de trabajadoras, calles maceradas, incapaces de toda elevación espiritual. En ellas viven los que no tienen redención, los más tristes obreros de toda la ciudad; sus casuchas, uniformemente miserables, son las más dolorosas habitaciones de proletarios que conocemos. Estrechas, oscuras, húmedas, ruinosas, carecen de esa uniformidad carcelaria que a las barriadas obreras impone la higiene moderna, y de aquella saludable anarquía de nuestros corrales. El corral es hoy el palacio del proletariado; fue palacio de magnates en su tiempo; y hoy es como un falansterio, una genialísima comuna de nuestro pueblo bajo¹¹.

Chaves Nogales describía en *La ciudad* el Corral del Jardincillo, que se encuentra en Triana en la actual calle Bernardo Guerra, número 5:

Tiene un amplio patio de relucientes guijas, una fuente en el centro, unas galerías donde los viejos y los niños salen a tomar el sol, y un centenar de salas. La sala es lo único que estas pobres gentes tienen, lo único que las mujeres cuidan amorosamente y los hombres respetan. La sala es como el templo, ha de estar limpia, barrida y aljofifada diariamente, enjalbegada, con esa pasión que en ello ponen nuestras mujeres; tiene sus iconos –la Virgen de la Esperanza, Pi y Margall, Frascuelo–, su confort –la camilla, la

11. *Ibid.*, vol. I, p. 220.

copa, el ruedo de esparto para los pies, el búcaro—, su lujo —cortinas de cretona, blancas cortinas de encaje viejo—, su alma, en fin, más fuerte, más sabia que la de otras viviendas holgadas.

Chaves Nogales nos regala una radiografía de la Sevilla de la cuestión social, uno de los grandes temas de su tiempo. Pero dentro de ese mundo, no olvida a las olvidadas de los olvidados: las mujeres. En estos textos dedicados a las clases bajas de Sevilla, el periodista comprometido se decanta por denunciar la degradación de las mujeres pobres, en sus tristes y miserables vidas del corralillo al taller, mientras “aguardan sonrientes a que por la puerta de aquella sala a que se han sentado puerilmente compuestas, pase el hombre que ha de hacerlas definitivamente desgraciadas”.

Podríamos incluso decir que esa mirada de Chaves Nogales sobre la mujer es moderna, si no feminista, al menos desveladora de una persona capaz de darse cuenta de las desigualdades y de denunciarlas. Uno de los aspectos que llamaba la atención del escritor era “la desconcertante serenidad de los infinitamente desesperanzados”. En el caso de las mujeres, era aún más llamativo. Así nos interna en la biografía de una de aquellas sevillanas cuya vida estaba escrita desde su nacimiento:

Ella aceptaba sumisa, convencida tal vez, la fatalidad de aquel enamoramiento; imaginábase en una nueva sala igual a la de su madre, con la misma miseria clara y limpia; preveía la rudeza de aquel hombre violento, al que sería entregada, y sabía el dolor de las noches sin compañía, el hambre de los días sin jornal, el tormento del vino, la vejez de los treinta años, con el único consuelo de los hijillos mal alimentados y peor vestidos, que cuando crecieran serían malos, serían rebeldes y se irían... Por toda alegría aquel sol del patio corralero¹².

La mirada crítica de Chaves Nogales se dirige también a los tópicos sobre la ciudad. Para reflexionar sobre el tema elige

12. *Ibid.*, vol. I, p. 223.

un lugar de diversión y que en su época era muy conocido por ser una venta extramuros muy celebrada por el tipismo, ya que allí se podía encontrar flamenco, cañas de manzanilla y juergas castizas. Se trata de la Venta de Eritaña, que se encontraba donde hoy está la Glorieta de México, en la zona en la que años más tarde se ubicaría la Exposición Iberoamericana de 1929.

El periodista criticaba esa postal tópica, ese costumbrismo de importación aunque creado desde dentro, que pretendía resumir la esencia de Sevilla para los forasteros.

Durante muchos años, Sevilla ha sido la Venta de Eritaña. Ésta era la residencia del sevillanismo neto, y en ella, como en ninguna otra parte, había llegado a ser una realidad la leyenda de nuestro panderetismo.... rodeados de tocadores, cantadores y hombres de gracia, de toda la fauna flamenquista.... Hay en Eritaña un incesante desfile de personajes políticos, de gentes extranjeras que llegaban allí para beber en una caña el alma entera de Sevilla. Esos personajes, esos extraños, son los que hicieron la venta señera, no los sevillanos¹³.

Precisamente ese territorio de la Venta de Eritaña protagoniza buena parte de las inquietudes del periodista. Es la ciudad que crece para acoger la Exposición Iberoamericana de 1929. Desde el primer momento en que se lanza la idea de esta celebración, Chaves Nogales está atento a los cambios que produce en la fisonomía de la ciudad: los paseos, los modernos chalés y las villas de elegante construcción, los palacios de la exposición y los hotelitos nuevos. Era la Sevilla que por fin entraba en el siglo XX, aunque en realidad aún tuviera la mirada en el siglo XIX.

Chaves Nogales no se deja llevar por la palabrería y las promesas. El periodista escribe artículos críticos, escritos como corresponsal desde Madrid para *El Liberal de Sevilla*. Y ahí aparece el perfil del periodista incómodo que caracterizaría su vida profesional. La sospecha y el escepticismo sobre la fastuosa conmemoración predomina en sus textos sobre la Exposición.

13. *Ibid.*, vol. I, p.150.

Al pasear ahora por la Sevilla de la Exposición del 29 que ha resistido el tiempo, entendemos bien a Chaves Nogales que advertía sobre lo efímero de estas celebraciones y el riesgo de caer en la idea de decorado de cartón-piedra. Parece que el periodista ya hubiera intuido el perfil escenográfico y castizo que sufren hoy determinados lugares turísticos de nuestra ciudad:

El sentido exposicionista se ha apoderado ya de nuestros jardines, de alguno de nuestros barrios típicos, y de los palacios y monumentos nuevos. Pensando únicamente en una duración de quince o veinte años, se construye y decora, con un olvido absoluto de la naturaleza de los materiales que emplean. La arcilla ha sido utilizada en la estatuaria; recorred los jardines; la labor del ladrillo es maravillosa; en él se han labrado estatuillas de un exagerado dinamismo, para colocarlas a la intemperie y que no duren diez años. Es el criterio exposicionista.

Manuel Chaves Nogales era profundamente moderno. Su periodismo es todo contemporaneidad, su mirada es anticipadora, porque incluso nos da claves de interpretación que nos sirven para nuestro presente. Por eso, fue de los primeros en naturalizar los viajes en avión. De la misma forma que su paisano Gustavo Adolfo Bécquer nos deslumbró con sus artículos en los que desvelaba las sensaciones de los primeros viajeros del ferrocarril, Chaves Nogales lo haría con los vuelos.

Además de sus crónicas para *El Heraldo de Madrid* sobre la llegada de los aviadores del Plus Ultra, Chaves Nogales hizo su particular gesta periodística con una serie de reportajes desde el aire por toda Europa: 18.000 kilómetros que quedarían plasmados en su libro *Viaje por Europa en avión* donde también nos regaló una impagable radiografía del continente antes de que se devorase a sí mismo en la Segunda Guerra Mundial.

En un viaje que hace en 1927 describe España como una vieja de piel seca. Y así narra la entrada en Sevilla:

Primero son unas humildes estribaciones terciarias que sirven de vigilantes; luego, tendida sobre el césped de la ancha vega, la ciudad blanca y dormida. El abrazo de un río, el índice de una torre...

Y esto es todo. Todo lo que se puede decir honradamente. La emoción de la entrada en Sevilla en un avión es inefable.

El aeródromo de Tablada es otro de los lugares sevillanos de Chaves Nogales. Estaba situado precisamente en la dehesa donde Belmonte practicaba en sus primeros años el toreo clandestino. Un espacio que resume bien esa ciudad contradictoria llena de dualidades donde se cruzaban pasado y presente, y que el periodista había intentado radiografiar en tantas ocasiones.

Esa dehesa de Tablada habitada por aviones y toros será el paisaje de su héroe literario. Veamos ese lugar salvaje a través del Chaves Nogales que se mete en la piel de Belmonte. El torero niño recorría las trochas para no toparse con la Guardia Civil hasta llegar a Tablada, convertida en escuela de tauromaquia:

Comisionado por la pandilla salía yo de Triana por la tarde y me iba a la dehesa de Tablada para averiguar si había ganado encerrado que pudiésemos torear... Nos juntábamos en el puesto de agua de San Jacinto y salíamos a la hora precisa para que la luna nos diese de lleno cuando estuviésemos en el cerrado¹⁴.

Situémonos pues en Triana, en esa Plaza del Altozano donde se levanta precisamente la estatua de Belmonte. Como notario periodístico Chaves Nogales nos dibuja una fotografía documental de cómo era esa plaza del Altozano con la taberna de Berrinches y la de El Sol Naciente, donde se juntaban los torerillos del barrio.

Ha desaparecido aquel puestecillo de agua y refrescos adosado al paredón de San Jacinto, que fue sede de nuestra pandilla de anarquistas de la torería. Sentí mucho que lo quitaran para poner en su lugar unos jardincillos municipales, porque allí, ganduleando, pasé el tiempo más inquieto y turbio de mi adolescencia. El puestecillo era una de esas construcciones

14. CHAVES NOGALES, M., "Juan Belmonte, matador de toros; su vida y sus hazañas", *Obra Completa*, vol. IV, p. 57.

típicas de la arquitectura de aguaduchos que estuvo muy en boga hace cuarenta años; tenía un tejadillo voleado de quiosco japonés, unos globos de cristal de colores, pendientes del techo, y unos complicados adornos de marquetería modernista¹⁵.

Precisamente en la calle San Jacinto se produce otro de los grandes textos sevillanos de Chaves Nogales. Se trata de la salida de la hermandad del Rocío de Triana publicado dentro del famoso reportaje que dedicó a la romería que apareció en vísperas de la Guerra Civil, apenas un mes antes del 18 de julio. En esta serie de anteguerra el periodista describe cómo todo está impregnado de política. Estamos en “Triana la Roja”, en medio de “cartelones rojos incitando a la rebelión, que en las fachadas de todas las casas de Triana han colocado los sindicalistas y los comunistas”. Pero nada de eso oculta la deslumbrante escena costumbrista con pintorescos personajes: “señoritos pintureros, chalanes, viejas devotas, mozas alegres, gitanos, braceros, ricachones”.

Por supuesto, Chaves Nogales nos aporta también la contracrónica, lo que no suele aparecer en estos textos apologéticos donde sólo se ensalza lo hermoso de la fiesta:

Claro es que en la romería de hoy se hacen trampas. Aunque al Rocío acuden miles y miles de personas, pocos son los romeros de ánimo levantado y resistencia física suficiente para soportar seis días de caminata a caballo o en una carreta, durmiendo al raso, comiendo fiambres y trasegando vino a toda hora. Realmente es pedir demasiado al tipicismo querer que los romeros se den tan malos ratos y sufran tantas penalidades para recorrer 150 kilómetros, que aunque los caminos sean detestables, un automóvil recorre cómodamente en tres horas. Y la trampa es inevitable. Hoy día la mayoría de los romeros sale de Sevilla muy gallardamente en lo alto de la silla vaquera o bajo el toldo de la carreta, y a los pocos kilómetros regresa tranquilamente a su casa para comer a mesa y mantel, volver a la oficina, acostarse

15. *Ibid.*, p 54.

tan ricamente en los mullidos lechos del hogar. En los últimos tiempos el auge de la romería del Rocío se debió a los señoritos. La romería era una ocasión pintiparada de lucir la jaca de buena estampa, el traje corto y el sombrero de ala ancha. Pero el señorito soporta difícilmente la incomodidad durante una semana, y pronto encontró el arbitrio para evitarla. Salen de Triana a caballo, y a la media hora descalban y se vuelven en auto a la ciudad, mientras las cabalgaduras viajan camino del santuario del diestro de los criados.

En esta serie que será la última antes de que estalle la Guerra Civil Chaves Nogales también nos aporta claves de lo que se respira en el ambiente y de lo que está a punto de ocurrir: “Me ha dicho un receloso demócrata: Cada viva a la Blanca Paloma es un disimulado muera a la República”.

Luego llegaría la guerra... Y también una de las etapas más peligrosas y audaces de Chaves Nogales. Sevilla quedó para siempre en su memoria, no sólo por nostalgia emocional. El periodista tuvo en la ciudad su primer laboratorio narrativo, un lugar lleno de vida, de contradicciones, de personajes pintorescos, de escenas y momentos curiosos. Una ciudad en movimiento y transformación que le ofreció un auténtico cuaderno para escribir apuntes del natural. Un lugar en el que aprendió a mirar el mundo.

En Sevilla vio la primera luz y quién sabe si ese 8 de mayo de 1944 mientras caían las bombas en el Londres de la Segunda Guerra Mundial, tuvo Chaves Nogales un último recuerdo de su ciudad natal. Como si aún estuviera asomado al pretil de una azotea contemplando el mapa esquivo de la ciudad. El mapa emocional de la Sevilla de Manuel Chaves Nogales.

Muchas gracias.